

## Prólogo. Frente bielorruso, julio de 1941

La fosa que me ordenaron cavar tenía las dimensiones exactas de un ataúd. El oficial soviético las calculó con cuidado. Me midió con una vara, trazó unas líneas en el suelo del bosque y me indicó que cavara. Quería asegurarse de que yo cupiera dentro.

Fui cortando enredaderas y raíces mientras el oficial vigilaba mis movimientos, con mirada atenta e inquietud creciente. Debía de tener mi edad: en el crepúsculo su rostro se veía suave y rosado; su cabello rubio sobresalía por debajo de la gorra como un brote de lino.

—Más rápido —dijo, y me golpeó con un palo en las costillas—. ¡No tenemos toda la noche!

Arranqué frenéticamente los escombros que quedaban y hundí la pala en el suelo negro y blando. La tierra aceitosa se adhería a mis botas y se pegaba a la pala, que yo golpeé contra el terreno. Me imaginé atizando al oficial en la cabeza y me pregunté si alcanzaría a golpearlo antes de que se disparase su pistola, pero él parecía leerme el pensamiento: me apuntaba a la cara con el arma. Clavé la pala en el suelo con más fuerza y rapidez, procurando que los ángulos quedaran rectos y las paredes verticales, como había ordenado el oficial.

A medida que la fosa iba tomando forma a mi alrededor, me imaginé boca abajo, atado y sangrando, con una bala en la nuca.

Imaginé el peso de la tierra sobre mí y las hormigas y los gusanos comiéndose mi carne. No quería morir. No merecía ser ejecutado en secreto.

Había caído la noche. La fosa me llegaba a la cintura.

—Arroja la pala por ahí —me ordenó el oficial.

La lancé hacia fuera de la fosa.

—Silenia, ven aquí un momento. —Un soldado salió del bosque—. Ayúdame a atarlo.

El soldado saltó dentro y tiró de mis brazos hacia atrás con tal fuerza, que por poco me disloca los hombros. Me ató las muñecas y los tobillos, me ordenó arrodillarme y me empujó contra el suelo. La cabeza me daba vueltas. ¿Qué crimen había cometido? Mi batallón, una división de tanques pesados, estaba cubriendo la retirada de otras unidades del ejército cuando, accidentalmente, volqué mi tanque al atravesar un río. Pero aquello era un error, no un crimen; y ya había reparado el tanque y estaba dispuesto a luchar. Era judío polaco, odiaba a los nazis. Alemania había invadido mi patria el año anterior y la Unión Soviética había salvado mi ciudad en el último momento. Seis meses más tarde me llamaron a las filas del Ejército Rojo.

Ahora los nazis estaban por todas partes: en el aire, los caminos y los bosques, invadiendo pueblos soviéticos con tanques, camiones y motocicletas. Era casi seguro que habían ocupado mi ciudad. Me imaginé a mis padres, a mi hermana y a mi joven esposa sentados en el sofá junto a la estufa de leña del salón, el rincón favorito de mi madre. Vi a Taubcia frente a mí, con sus ojos verdes asustados e interrogantes; hacía sólo dos semanas de nuestro primer aniversario. Visualicé a mi madre abrazándola, como me había abrazado a mí cuando partí con el Ejército Rojo, y a mi padre yendo de un lado a otro del despacho, buscando un modo de mantener a salvo a la familia. ¿Seguirían con vida? ¿Ocultos, quizá? ¿O en un gueto judío?

Apoyé la frente en la tierra blanda. Con cada bocanada inhalaba las fragancias del bosque, aromas que conocía muy bien desde niño, cuando salía en busca de setas silvestres. Pensé que había llegado mi

fin. Esperé el disparo, esperé el frío cañón del arma en el cráneo, la bala penetrando el cerebro. No sentí pena por mí mismo, sino sólo por el hecho de que mis seres queridos nunca fueran a encontrar mi tumba. Esperé y esperé... pero no hubo ningún sonido.

Pasó la noche, sin que un atisbo de luna o estrellas iluminara mi oscura envoltura. La noche y la tierra y el sueño y la muerte se habían fundido. Todo era uno.